

**REDES DE SOLIDARIDAD
Y MECENAZGO FRENTE AL EXILIO CIENTÍFICO
DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA.
LA JUNTA ARGENTINA PARA LA AYUDA
A LOS UNIVERSITARIOS ESPAÑOLES
Y LA INSTITUCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA
DE BUENOS AIRES (1936-1945)**

**Networks of solidarity and philanthropy
in the face of scientific exile during the Spanish Civil War.
The *Junta Argentina para la Ayuda a los Universitarios
Españoles* and the *Institución Cultural Española
de Buenos Aires* (1936-1945)**

**Miranda Lida
CONICET – Universidad de San Andrés, Argentina**

Resumen: Este trabajo estudia el exilio científico republicano desde la Argentina. Sus principales universidades no abrieron sus puertas a los republicanos; sin embargo, hubo otros caminos para la solidaridad. Esta cuestión se relaciona con el mecenazgo cultural de empresarios que apoyaron el financiamiento a catedráticos exiliados de España. Identificamos la Institución Cultural Española de Buenos Aires, que impulsó la creación de la Junta Argentina para la Ayuda de los Universitarios Españoles. En su seno participó Rafael Vehils, mecenas de revistas e investigadores, que jugó un papel clave en la puesta en marcha de las iniciativas solidarias. Aquí reconstruimos su labor sobre la base de los archivos de las instituciones mencionadas.

Palabras clave: exilio científico español, Argentina, guerra civil española, mecenazgo cultural, Rafael Vehils, Amado Alonso.

Abstract: This article studies the republican scientific exile to Argentina. Its universities were reluctant to open their doors to exiles, nevertheless there were other ways to help. Support came in the form of cultural patronage from various businessmen, who agreed to finance some exiled Spanish scientists. As such, we can identify the *Junta Argentina de Apoyo a los Universitarios Exiliados* and the *Institución Cultural Española de Buenos Aires*, which both worked actively on a network of Atlantic solidarity. Here, Rafael Vehils became an patron of researchers and publications and played a prominent role. Based on the archives

of both institutions, this article reconstructs this work of patronage and solidarity with Spanish scientific exiles.

Keywords: Spanish scientific exile, Argentina, Spanish civil war, cultural philanthropy, Rafael Vehils, Amado Alonso.

1. Introducción

Este trabajo se encuentra en una encrucijada en la que se entrecruzan diferentes líneas y perspectivas de análisis. Uno de los ejes es que dialoga de manera directa con la historiografía en torno a la guerra civil española, en especial aquella que se centra en las cuestiones vinculadas con el exilio, más precisamente con el exilio científico, es decir, el conjunto de universitarios, académicos e intelectuales que se vieron forzados a abandonar España a raíz de la guerra civil y el franquismo, para continuar sus carreras en otros horizontes (sobre todo en México, Estados Unidos y Puerto Rico), muchos de los cuales habían sido protagonistas destacados de la llamada Edad de Plata de la ciencia española, antes del levantamiento franquista (Moreno Luzón y Martínez López, 2012). En la Argentina, el impacto de la guerra civil es muy conocido por la intensidad de los debates que suscitó, así como por la oleada de campañas solidarias y de voluntarios que se alistaron en el conflicto; sin embargo, el exilio científico ha sido menos estudiado (Romero, 2014; Devoto y Villares, 2012; Schwarstein, 2001). Se sabe que las universidades de Buenos Aires y La Plata fueron reacias a abrir sus puertas a los intelectuales y científicos republicanos, en parte porque ya contaban con una élite intelectual establecida que veía la llegada de los españoles como una posible competencia en las cátedras, en parte también porque el Gobierno argentino sostuvo una política oficial de neutralidad que resultó en la práctica escasamente solidaria con los republicanos. Así, las principales universidades solo con dificultad fueron capaces de acoger a los exiliados, lo cual no debe hacer perder de vista que existieron otras universidades en el país que fueron mucho más dinámicas y receptivas, como es el caso de la Universidad Nacional de Tucumán y el de la Universidad Nacional de Cuyo, menos estudiadas, sin embargo. Aun así, en una década signada por el «fraude patriótico» (con el consiguiente retroceso democrático que lo acompañó), fue posible que en la Argentina se dieran gestos de solidaridad con exiliados republicanos pertenecientes a la órbita científica y académica, si bien carecieron de la suficiente visibilidad, quizá por la actitud hostil por parte del Gobierno y por la indiferencia de las principales universidades. Trataremos de mostrar, por el contrario, que es un objeto de estudio tan legítimo como en otros escenarios americanos donde el exilio republicano cuenta con una larga tradición historiográfica (Pagni, 2011; Lida y Matesanz, 1990; Lida, 1997; Faber, 1997).

El otro eje sobre el que se articula este trabajo está aún menos explorado: a saber, el mecenazgo cultural, es decir, el papel jugado por entidades privadas (en especial los empresarios, entre otros sectores pudientes) en el financiamiento a intelectuales, artistas, hombres de letras y científicos. Los estudios relativos

a la labor filantrópica desempeñada por fundaciones, empresas y capitales privados están muy desarrollados en otras latitudes. Así, por ejemplo, existe una vasta literatura al respecto en Estados Unidos focalizada en analizar sus principales fundaciones privadas (Rockefeller, Ford o Guggenheim, entre otras) y su papel en el desarrollo de universidades y centros de investigación, así como los intercambios científicos y el financiamiento (Fisher, 1993; Gemeli, 2000; Seim, 2013; Brison, 2005). En la Argentina, este tema ha permanecido bastante poco estudiado para el período aquí considerado, aunque es necesario reconocer que se encuentran en franca expansión los trabajos que se centran en el papel de la Fundación Rockefeller y su aliento al desarrollo de la medicina en América Latina, por ejemplo (Cueto, 1994). Sin embargo, es difícil encontrar publicaciones que presten atención a los vínculos entre la historia cultural e intelectual, por un lado, y la historia de empresas, empresarios o sectores propietarios en general, por otro, aunque ha habido algunos avances recientes en torno a los vínculos entre instituciones comunitarias de inmigrantes y las universidades argentinas.¹

En este contexto, y en especial en lo que respecta al caso argentino, un obstáculo para pensar esta última cuestión estuvo dado, quizá, por el modo en que se ha interpretado la metamorfosis que se produjo entre el siglo XIX y el XX del escritor *gentleman* al escritor profesional, de acuerdo con David Viñas, un proceso clave que se dio junto con la democratización social y política vivida en relación con el centenario de la independencia nacional, en 1910, y sus consecuencias (ley Sáenz Peña, ascenso social de inmigrantes y, finalmente, en 1918, reforma universitaria, entre otros procesos), que hicieron posible que el intelectual y literato comenzara a vivir de su pluma en un contexto de expansión del público lector y del mercado editorial, y de conformación de un campo literario autónomo, en términos de Pierre Bourdieu (1991: 3-46). También en la Universidad se dio un creciente proceso de profesionalización que tuvo como momento de cristalización la reforma universitaria; los profesores harían carrera profesional a través de las cátedras, y no vendrían a ellas a ostentar un prestigio adquirido en otra parte (Buchbinder, 2005; 2008). Ese pasaje del escritor o, por extensión, del profesor y científico *gentleman*, por definición ocioso, que en el siglo XIX todavía escribía, investigaba o enseñaba solo para ocupar sus ratos de ocio ilustrado, al escritor asalariado regido por las leyes del mercado que vivía de la prensa, la academia o el mundo editorial, donde haría carrera a través de la pluma (ya no concebida como una tarea honorífica sino como propia de una labor profesionalizada que se valorizaba en el mercado), aparece en Viñas sin mediaciones.

Sin embargo, ese pasaje rupturista del escritor *gentleman* al profesional postulado por Viñas obtura la oportunidad de pensar otro modelo posible para el desarrollo de una carrera literaria, intelectual o científica: el del escritor o el hombre de ciencia que trabaja bajo el amparo de un mecenas que subsidia, financia, en ocasiones alienta (u obstruye) iniciativas culturales gracias a sus ganancias,

1. Es conocido, por ejemplo, el caso de los hijos del ingeniero Torcuato Di Tella, de la firma SIAM, que impulsaron la Fundación y el Instituto homónimos a partir de 1958, los cuales jugaron un papel clave en el padrinazgo filantrópico de las artes, las ciencias y las humanidades. Al respecto, véase King (1985). Sobre las instituciones comunitarias, véase Buchbinder (2014: 351-371).

provenientes de empresas o negocios particulares, ya sea por pura filantropía o porque piensa que a través de ese mecenazgo podrá obtener prestigio para su firma, entre otras razones. Es bien conocido en este sentido el caso de Victoria Ocampo, fundadora de *Sur*, que suele ser abordado poniendo de relieve su excepcionalidad. No obstante, la década de 1930 no está exenta de estas prácticas de mecenazgo, más extendidas de lo que se cree, a pesar de la expansión generalizada de la cultura de masas y del consumo y el propio desarrollo de las industrias culturales que tan enraizadas se encontraban en la publicidad y el desarrollo del mercado. Ahora bien, el escritor *gentleman*, en su ocaso, no fue sustituido sin más por las leyes del mercado, dado que un importante número de intelectuales, catedráticos y científicos en la Argentina se entregaron a diferentes redes de mecenazgo cultural que proporcionaban a sus miembros oportunidades que dependían más de los lazos de patronazgo y protección por parte de quienes estaban en condiciones de ocupar el lugar de mecenas, que de las impersonales relaciones de mercado.

Finalmente, en la intersección entre ambas cuestiones (exilio republicano y mecenazgo cultural en la Argentina de los años treinta) situaremos a la Institución Cultural Española de Buenos Aires (ICEBA), que impulsó la creación de la Junta Argentina para la Ayuda de los Universitarios Españoles (JAAUE), una red de solidaridad atlántica para con los universitarios españoles que perdieron sus puestos por la guerra civil y se sintieron forzados a comenzar tortuosos exilios. Tanto una como otra proporcionaron redes de apoyo a intelectuales que desde el levantamiento de Franco, en julio de 1936, procuraban salir de su país; la situación se tornó más grave con el correr de la guerra y el resultado fue la paralización de la vida científica y universitaria en España. La JAAUE fue creada en Buenos Aires bajo el patrocinio de ICEBA, institución cultural comunitaria de los inmigrantes españoles en la Argentina que había sido fundada bajo el patrocinio del médico español Avelino Gutiérrez y que nucleaba a las fracciones más cultas de sus élites socioeconómicas.² En su seno participó, en un rol de creciente relevancia, Rafael Vehils, empresario catalán y buen conocedor del mercado editorial hispanoamericano, dado que desde antes de su arribo a la Argentina (que tuvo lugar en 1929) había impulsado la Sociedad Libre de Estudios Americanistas de Barcelona, que alentó los intercambios culturales con América Latina (Dalla Corte Caballero, 2013). Vehils se convirtió en poco tiempo en la mano derecha de Francesc Cambó, el poderoso empresario catalán de la Compañía Hispanoamericana de Electricidad (llamada CHADE, luego CADE), bien conocida en la Argentina de los años treinta porque sus negocios con el Estado para la provisión de energía eléctrica alcanzaron ribetes escandalosos a causa de diferentes episodios de corrupción (Riquer, 2016). Cabe poner de relieve que en 1936 Vehils fue al mismo tiempo el mecenas que financió el relanzamiento de la revista *Nosotros* (una de las más importantes revistas culturales argentinas de la primera mitad del siglo xx, fundada y dirigida por Roberto Giusti y Alfredo

2. Una extensa reseña de la labor de ICEBA se recoge en *Anales de la Institución Cultural Española de Buenos Aires*, Buenos Aires, ICEBA, 1948 y ss. Véanse también López Sánchez (2013), Campomar y Zamora Bonilla (2011: 231-271) y Campomar (2009).

Bianchi)³ y quien amparó y alentó la creación de la JAAUE, que aquí analizaremos, a pesar de que su posición en la guerra civil estuvo lejos de ser solidaria para con el Gobierno republicano y de que, una vez llegado Franco al poder, no tardaría en procurarse acomodo con el nuevo régimen.

Por ello es difícil situar el análisis de la JAAUE en sintonía con los estudios en torno a los movimientos intelectuales y políticos que se nuclearon en el antifascismo, dado que la Junta tuvo una composición muy variada en la que convivieron empresarios «apolíticos», como Vehils (quien exigió la «neutralidad» de la entidad) y figuras del ámbito cultural que sí tuvieron, por contraste, una más neta actuación dentro del antifascismo (como Victoria Ocampo y Emilio Ravignani, que colaboraron con la JAAUE y también con una de las publicaciones más activa políticamente en el campo antifascista, *Argentina Libre*, a partir de 1940) (Bisso, 2007; Nállim, 2014). Optamos, así, por tratar de entender la especificidad de esta iniciativa a la luz de un enfoque más amplio que el de los estudios en torno al antifascismo, dado que si bien muchos de los que recibieron ayuda de la JAAUE fueron, en efecto, antifascistas y antifranquistas, la propia Junta era muy heterogénea en su composición: había en su seno simpatizantes de la Segunda República, pero había también quienes se solidarizaban con los valiosos intelectuales en nombre del patriotismo, es decir, del compromiso con ellos, dado que, más allá de cualquier bandería, eran al fin y al cabo sus compatriotas; y de ahí el nombre aséptico de la Junta, que omitió cualquier referencia a las purgas emprendidas por Franco en las universidades, así como a la propia condición de refugiados de los que recibirían asistencia. Definida de modo neutral, sin mención alguna al contexto político, la JAAUE fue una respuesta circunstancial al drama del exilio republicano que llevaría la impronta de la asociación comunitaria que le dio origen.

2. Paliar la coyuntura. La Junta de Ayuda en acción

En abril de 1937, la guerra civil española atravesaba momentos dramáticos. En este contexto, comenzó a tejerse una trama a fin de poner en marcha desde Buenos Aires mecanismos de ayuda dirigidos a los universitarios de todas las disciplinas científicas (López Sánchez, 2013; Naranjo Orovio y Puig Samper, 2007: 231-254; Naranjo Orovio, 2007: 283-306). El resultado fue la fundación de la JAAUE, que funcionó por fuera de las instituciones estatales, gubernamentales o científicas. Fue creada como una red laxa entre científicos e intelectuales de diferentes disciplinas y universidades del país, cuya articulación se dio por intermedio del padrinazgo de la ICEBA (institución cultural que tenía estrechos contactos con las universidades), puesto que, desde su fundación, en 1914, por iniciativa del médico Avelino Gutiérrez, trabajó para fortalecer la cooperación científica entre España y Argentina. Lejos de cualquier ayuda oficial, el modo en que se desarrolló la solidaridad argentina con los republicanos es diferente del de otros países lati-

3. S.a.«Una nueva y plausible iniciativa de D. Rafael Vehils. Reaparecerá la revista *Nosotros*», *Revista de la Asociación Patriótica Española*, Buenos Aires, febrero de 1936, núm. 98, pág. 2.

noamericanos, en especial si contrastamos con México, que constituye un caso de referencia en esta materia, no solo por el importante número de exiliados que se refugiaron allí, sino también por la respuesta amigable que recibieron del Gobierno de Lázaro Cárdenas. Nada similar ocurrió en la Argentina; incluso hay testimonios que dan cuenta de una manifiesta hostilidad oficial en todos los ámbitos, desde las oficinas de inmigración hasta las propias universidades (Ortuño Martínez, 2018). No obstante, ello no fue suficiente para impedir las iniciativas solidarias. Gracias a la mediación de la ICEBA, las universidades argentinas tenían antes de 1936 intercambios periódicos con las principales instituciones científicas españolas: la Junta de Ampliación de Estudios, la Universidad Central de Madrid y el Centro de Estudios Históricos. Existía además en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires un instituto de investigación fundado gracias al cruce de estas mismas instituciones, a saber, el Instituto de Filología, creado en 1922 por iniciativa del rector Ricardo Rojas, con el aval de Ramón Menéndez Pidal, presidente por entonces del Centro de Estudios Históricos, desde Madrid (Lida, 2014; Degiovanni, Toscano y García, 2010: 191-213; Toscano y García, 2013: 143-172). Este Instituto tuvo en la década de 1930 una época expansiva bajo la dirección de Amado Alonso, quien a la sazón formó parte del núcleo fundador de la JAAUE, que contó con el padrinazgo de Rafael Vehils. Por lo tanto, es necesario considerar el papel de las instituciones comunitarias y de las redes de mecenazgo, en un contexto en el que los apoyos oficiales se mostraron prescindentes, incluso hostiles, y también conviene prestar atención a las solidaridades personales con investigadores de las universidades argentinas.

El mismo día en que Guernica caía en manos de Franco, la escritora dominicana Camila Henríquez Ureña, residente en Cuba, redactaba una carta en nombre de la Institución Hispano Cubana de Cultura dirigida a Amado Alonso, cuyo colaborador más directo era su hermano Pedro Henríquez Ureña, que había arribado a la Argentina en 1924 para trabajar como profesor en la ciudad de La Plata.⁴ La carta traía la propuesta de formar en toda América una red epistolar de solidaridad para con los intelectuales españoles que quedaron a la deriva con la guerra civil a fin de ofrecerles una trama de asociaciones solidarias en el continente, desde Nueva York hasta Buenos Aires, de modo que pudieran encontrar trabajo, dictar cursos en distintas universidades y otras actividades académicas.⁵ En Estados Unidos existían algunas instituciones de las que se esperaba que fueran capaces de brindar una ayuda solidaria para formar una red continental: por ejemplo, el Instituto de las Españas, que funcionaba en el seno de la Universidad de Columbia y había sido fundado por Federico Onís, antiguo inves-

4. Henríquez Ureña tenía una sólida trayectoria intelectual a través de su obra publicada y de las diferentes estancias que realizó en España, México y Estados Unidos; fue además un importante portavoz de la aspiración por fortalecer la unidad y la identidad hispanoamericanas, con conexiones con México nuevamente, a través de su amigo Alfonso Reyes con quien había compartido la pertenencia al Ateneo de la Juventud y con quien, a la sazón, se reencontraría en Buenos Aires donde Reyes fue diplomático.

5. Carta de Camila Henríquez Ureña a Amado Alonso, La Habana, 29 de abril de 1937, en Archivo de la Junta Argentina de Ayuda a los Universitarios Españoles (en adelante, AJAAUE), documento 29.

tigador del Centro de Estudios Históricos de Madrid, a quien también se consultó para esta iniciativa. De hecho, Onís, Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña habían coincidido, y también lo habían hecho en Puerto Rico, donde Alonso había realizado una estancia antes de instalarse en Buenos Aires en 1927 (Lida, 2019).

Apenas recibida la carta, Amado Alonso se dirigió a la ICEBA, foro comunitario al que era cercano desde sus primeros días en la Argentina. Desde su llegada, en efecto, Alonso había procurado integrarse en diferentes espacios de sociabilidad literaria, entre ellos las tertulias que daba Alfonso Reyes mientras ocupaba la Embajada de México en Buenos Aires (1927-1930), las que motorizaban damas como Nieves Gonnet de Rinaldini o Victoria Ocampo y, luego, la propia revista *Sur*, con la que tanto Henríquez Ureña como Amado Alonso colaborarían en reiteradas ocasiones y en la que llegarían a formar parte del comité editor. También se vinculó con las principales instituciones culturales de los españoles; de ahí que en 1933 se encontrara colaborando en la realización de una exposición del libro español en Buenos Aires (la cual contó con el aval de instituciones como la Cámara Española de Comercio, por entonces presidida por Rafael Vehils, cuyo creciente rol en la ICEBA ya hemos puesto de relieve). Para 1937 Amado Alonso estaba bien relacionado con las principales instituciones y foros culturales argentinos, en los que participaban tanto porteños como españoles y otros latinoamericanos, entre ellos Reyes (que había regresado en 1936 a ocupar nuevamente la Embajada de México en Buenos Aires) y Henríquez Ureña. Además, Alonso fue agregado cultural de la Embajada española durante la Segunda República, a partir de 1934.

La respuesta de la ICEBA fue rápida. Luis Méndez Calzada, su presidente, informaba a Alonso quince días después de que la comisión directiva deliberaría a la brevedad en torno a la cuestión.⁶ No fue un gesto dilatorio: la ICEBA tomó la decisión de encarar una acción solidaria desde la Argentina (pero sin aunar esfuerzos con Cuba, como había promovido Camila Henríquez Ureña en un gesto de vocación americanista que la ICEBA prefirió no compartir) que consistiría en una campaña de ayuda económica para con los intelectuales españoles que se encontraban por entonces exiliados en Francia. El 21 de mayo, la ICEBA remitió a un nutrido número de intelectuales argentinos una carta expresando su preocupación por los exiliados españoles (muchos de los que quedaron a la deriva habían tenido años atrás estrechos vínculos con la Argentina, como es el caso de Ramón Menéndez Pidal, que había viajado a Buenos Aires en 1914 con ocasión de la fundación de ICEBA y era, a la sazón, con quien se había formado Amado Alonso en Madrid antes de su llegada a Buenos Aires), motivo por el cual los convocaban a una reunión para decidir el curso de acción. La reunión se celebró en el conspicuo Jockey Club de Buenos Aires el 28 de mayo. Fueron invitados, entre otros: el historiador Emilio Ravignani; la fundadora de *Sur*, Victoria Ocampo; la promotora de la Asociación Amigos del Arte (una prestigiosa galería) Elena Samsinena de Elizalde; el escritor y periodista Alberto Gerchunoff; el intelectual y mi-

6. Carta de Luis Méndez Calzada a Amado Alonso, Buenos Aires, 10 de mayo de 1937, Archivo de la ICEBA (AICEBA), correspondencia enviada, carpeta 2, legajo 3, f. 361.

nistro de la Corte Suprema, Juan B. Terán; el médico y director del Instituto de Fisiología, Bernardo Houssay (más tarde, premio nobel); el decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Coriolano Alberini; el profesor de filosofía Francisco Romero, español de nacimiento; el médico y fundador de la ICEBA, Avelino Gutiérrez, también español; el fundador del Instituto de Filología Américo Castro (exiliado en Buenos Aires en ese momento); además de Pedro Henríquez Ureña, Amado Alonso y Rafael Vehils.⁷ Tuvo lugar en ese acto el nacimiento de la Junta Argentina de Ayuda para los Universitarios Españoles y se eligió presidente a Bernardo Houssay, que dirigía también la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias (de la que había sido fundador), una de las principales instituciones que existían en la Argentina de la década de 1930 para la promoción de la investigación científica a través de la concesión de becas y de subsidios. El secretario de la JAAUE fue Francisco Romero. En todo momento, la ICEBA conservó la tutela de la Junta, facilitó sus instalaciones para las reuniones de su comisión directiva y donó ingentes recursos a su funcionamiento, que direccionó en función de sus propios criterios, según veremos.

Houssay y Romero comenzaron a enviar cartas a sus colegas en la Universidad de Buenos Aires, así como a los de otras universidades del país (La Plata, Tucumán, Córdoba y el Litoral) para solicitarles una colaboración monetaria en beneficio de los profesores españoles. No se descartó la idea de tomar medidas para proporcionar a estos alguna ayuda concreta en caso de que se resolvieran a migrar a la Argentina; Romero propuso, por ejemplo, la idea de recurrir a diferentes editores para que se comprometieran a encargar trabajos a los humanistas españoles, en especial como traductores o correctores de estilo.⁸ Por entonces, y a la luz de la guerra civil española, Buenos Aires comenzaba a transitar una época de expansión en materia de vida literaria y mercado editorial, facilitada en cierto sentido por la debacle que supuso la guerra civil española, que hizo sucumbir buena parte de sus editoriales, paralizadas (De Diego, 2014; De Zuleta, 1997). Importantes editores españoles terminaron instalándose en Buenos Aires, como López Llausás, que fundaría la editorial Sudamericana; Gonzalo Losada, que había llegado al país como editor de Espasa Calpe y fundó su propia casa editora en 1938, donde convocó como colaboradores al propio Romero, a Guillermo de Torre y a Amado Alonso, entre otros. Tanto Sudamericana como Losada permanecieron estrechamente vinculadas a las redes del exilio español en toda América, desde Estados Unidos hasta la Argentina, pasando por México y el Caribe. Los lazos solidarios por la vía de la edición y la publicación eran en este contexto otra vía para manifestar el compromiso republicano, sea por razones políticas, culturales o incluso patrióticas (Lida, 2018).

Sobre esta base, la Junta comenzó a recibir los frutos de las gestiones. Eran años de gran agitación política en Buenos Aires, puesto que tanto el nazismo como el estallido de la guerra de España habían provocado una fuerte politiza-

7. Carta de Luis Méndez Calzada a Ricardo Levene y otros, Buenos Aires, 21 de mayo de 1937, AICEBA, correspondencia enviada, carpeta 2, legajo 3, ff. 372-373.

8. Carta de Francisco Romero a Luis Méndez Calzada, Martínez, 30 de mayo de 1937, AJAAUE, documento 63.

ción, con una creciente polarización ideológica que hacía sentir sus efectos entre los intelectuales. En 1936 se celebró en Buenos Aires el congreso internacional de los PEN Club, con amplia visibilidad y asistencia de público, testigo de sonoros debates intelectuales donde quedaron netamente identificados los dos campos, fascistas y antifascistas (Saítta, 2015; Halperín Donghi, 2003). Asistió al congreso una nutrida representación italiana, encabezada por el polémico poeta futurista Filippo Marinetti, cuya adhesión al fascismo era inocultable. En un contexto internacional doblemente agitado como el de 1936, Marinetti defendió ampliamente la invasión de Abisinia, a la que en julio de 1936 se agregaría el conflicto español. Fue objeto de duros ataques por parte de la opinión antifascista, que en el congreso porteño estuvo encarnada por dos importantes grupos de escritores (entre ellos, judíos y víctimas de la persecución nazi, como Emil Ludwigo y el propio Stefan Zweig). Por otro lado, una combativa delegación francesa, con Jules Romains, Benjamin Crémieux, Georges Duhamel, Jacques Maritain (cuya presencia ocasionó revuelo en el catolicismo argentino) y Jules Supervielle. El encendido debate no tardó en polarizar a los intelectuales argentinos: entre otros, Carlos Ibarguren, Manuel Gálvez, Victoria Ocampo y Roberto Giusti, fundador de la revista *Nosotros*, que acababa de ser relanzada bajo el mecenazgo de Vehils, como hemos indicado.

En este contexto, la JAAUE tomó recaudos para evitar quedar expuesta a los debates que agitaban a la sociedad argentina; de ahí que dejara a un lado cualquier tipo de pronunciamiento declaradamente político, al menos en principio. La nota que se hizo circular para solicitar colaboración se limitaba a poner de relieve ante todo la necesidad de tomar medidas para evitar el deterioro del capital humano y científico que representaban los intelectuales y profesores universitarios a la deriva, una pérdida irreparable que redundaría (se enfatizaba) en detrimento de toda la comunidad científica en lengua española. Con un discurso de aspecto aséptico y deliberadamente apolítico, la JAAUE habló en nombre de la cultura amenazada por la contienda, a fin de aunar esfuerzos y no perjudicar la posibilidad de recabar recursos por posibles diferencias políticas. Ape-laban a la solidaridad panhispánica entre los científicos, con independencia de cualquier otra consideración:

Por la terrible guerra desencadenada sobre España, la mayor parte de esos hombres, los de nombre ilustre y los modestos investigadores, están desperdigados por el mundo, abandonados los laboratorios y bibliotecas donde tantos años han trabajado [...]. Nunca acentuaremos demasiado el gravísimo peligro que corre la ciencia española de interrumpirse y perecer. Pero la ciencia española y la ciencia argentina e hispanoamericana es una sola ciencia. En el concierto internacional de la producción científica lo que se tiene en cuenta es la producción científica en castellano.⁹

La declaración, sin embargo, iba firmada por nombres que desde el debate del PEN Club tenían gran visibilidad en el antifascismo, como la propia Victoria Ocampo (Pasolini, 2004; 2013). Esto no bastó, pues, para remover suspicacias,

9. Carta de la JAAUE a Carmelo Bonet, Buenos Aires, 14 de junio de 1937, AJAAUE, documentos 97 y 98.

en especial entre simpatizantes de Franco, que percibieron a la Junta como una estrecha colaboradora de los republicanos, como pone en evidencia el hecho de que haya habido el caso de quien se negó a contribuir por considerar que apoyar a los científicos carecía de toda urgencia y que lo que verdaderamente debía hacerse por España era colaborar incluso con «el último centavo del que dispongo con las filas del ejército de Franco para que libere la patria».¹⁰ No sirvió de mucho el esfuerzo por atemperar el tono.

Los aportes recibidos fueron desde 1 peso de entonces (aproximadamente, 30 centavos de dólar de la época) hasta montos más importantes: el Centro de Estudiantes de Humanidades de la Universidad de La Plata aportó la módica suma de 5 pesos, producto de colectas entre los jóvenes que fueron invitados a colaborar por profesores de la casa, y esto mismo se replicó en otras casas de altos estudios del país; por otro lado, la firma Geniol, por ejemplo, colaboró con 100 pesos; Villavicencio lo hizo con 200; y la propia ICEBA aportaría 5.000 pesos. La generosidad en el donativo de la Institución Cultural, en comparación con los demás aportes, tanto individuales como corporativos, no parece haber sido desinteresada: garantizaría a sus autoridades una real capacidad de influencia en el modo en que la Junta obraría.

Los aportes llegaron también desde algunas provincias. En Tucumán, Risieri Frondizi, que se había integrado en el plantel de la novel Facultad de Filosofía y Letras, se encargó de recaudar fondos entre el cuerpo de profesores y los alumnos de la Universidad Nacional de Tucumán y los remitió a Buenos Aires, con el detalle de todos los aportantes (entre ellos, Juan José Arévalo, Elsa Tabernig, Concepción de Prat Gay de Constenla).¹¹ Por su parte, el ingeniero José Babini, de la Universidad Nacional del Litoral, en Santa Fe, hizo una tarea similar, recabando el apoyo de la prensa regional a través de Salvador Caputto, director del diario *El Litoral*.¹² En Rosario, no tardó en conformarse un comité regional de la Junta, muy activo en la recolección de fondos.¹³ Y también llegaron aportes desde el exterior, como el que realizó el historiador e hispanista Marcel Bataillon, que colaboró con 5.000 francos, que Bernardo Houssay agradeció efusivamente, destacando su «gesto conmovedor de altruismo».¹⁴ La campaña trascendió fronteras por intermedio de la red epistolar tendida gracias a la solidaridad de los pares.

Para agilizar las colectas, dar visibilidad a la iniciativa y fortalecer el compromiso por parte de diferentes sectores de la sociedad con la campaña solidaria, la JAAUE puso en marcha la celebración de un concierto, cuyos ingresos provenientes de la venta de entradas también se destinarían a los intelectuales republicanos. El 2 de agosto de 1937 en el Teatro Politeama tuvo lugar una función

10. Carta de Corona G. de González al presidente de la JAAUE, AJAAUE, documento 34.

11. Carta de Risieri Frondizi a Francisco Romero, Tucumán, 21 de agosto de 1937, AJAAUE, documento 31.

12. Carta de José Babini a Vicente Nicolau Roig, Santa Fe, 7 de septiembre de 1937, AJAAUE, documentos 8-9.

13. Informe enviado por el comité de Rosario a la JAAUE, AJAAUE, documento 95.

14. Carta de Marcel Bataillon a la JAAUE y respuesta de Bernardo Houssay, París, 30 de diciembre de 1937, y Buenos Aires, s/f, AJAAUE, documentos 10 a 12.

cuyo programa estuvo compuesto por distintas piezas musicales para piano y orquesta, ejecutadas por la Asociación del Profesorado Orquestal, una de las principales orquestas de la Argentina, que solía actuar en el Teatro Colón. Victoria Ocampo acompañó en el escenario con algunos recitativos. Para el evento se cedió un número importante de localidades a los principales diarios de Buenos Aires (*La Nación*, *La Prensa*, *La Razón*, *El Diario Español*, *Noticias Gráficas*, *El Mundo*, *El Pueblo*, *Última Hora*).¹⁵ Con lo recaudado, la Junta pasó a preocuparse por los mecanismos para hacer llegar el dinero a los exiliados, en especial a aquellos que se encontraban sin rumbo ni posibilidades en París. Se convirtió el dinero a la moneda francesa para hacer un giro internacional por un monto que alcanzó los 50.000 francos de entonces («francos antiguos», anteriores a la década de 1960), que equivaldrían aproximadamente a unos 32.000 dólares estadounidenses de hoy. Bernardo Houssay y Francisco Romero sopesaron la elección de las personas que administrarían el dinero. En primer lugar, Houssay se valió en este punto de la confianza depositada en Marcos Morínigo, por entonces en París, que tenía una beca de la Asociación para el Progreso de las Ciencias. Morínigo era discípulo de Amado Alonso, en el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires. Tuvo varios intercambios con Alonso para proponer los nombres de los intelectuales españoles o franceses que podrían colaborar con la administración de los fondos, así como también sugirió quiénes eran los exiliados españoles más urgidos de la ayuda monetaria prometida, dado que, según señalaba, «muchos salieron de España *con lo puesto* y con 500 pesetas lo más». ¹⁶ Se procuró elegir a un referente de peso en la comunidad española residente en París y que al mismo tiempo fuera una figura eminente, a fin de evitar rencillas y suspicacias, dado que entre la comunidad de los exiliados no faltaban quienes simpatizaban más con los franquistas que con los republicanos y los que viraban de posición a medida que avanzaba la guerra (Herrerín López, 2012). Así lo señaló Morínigo en una carta a Alonso: «aquí no se puede hacer referencia a nadie sin que se diga “es rojo” o “es blanco”. La única excepción es [Aurelio] Viñas, porque lo miran solamente como profesor de la Sorbonne». ¹⁷

Las autoridades de la Junta resolvieron sin embargo elegir al bioquímico español Ángel Establier Costa como interlocutor en París para llevar las gestiones, cobrar el dinero y decidir cómo distribuirlo. Establier había sido alumno de la Institución Libre de Enseñanza fundada por Francisco Giner de los Ríos; fue además secretario de la Junta de Ampliación de Estudios (JAE), que presidió Ramón Menéndez Pidal antes de la guerra civil. Ambas instituciones, decisivas para la modernización cultural y científica de España en las primeras décadas del siglo xx, promovieron la investigación, alentaron la educación superior y fundaron

15. Programa, localidades y afiche del espectáculo en el Teatro Politeama en el AJAAUE, documentos 57 a 61.

16. Carta de Marcos Morínigo a Amado Alonso, París, 24 de marzo de 1937, Archivo de Amado Alonso (en adelante, AAA), «Correspondence 1927-1952», HUG (FP) 80.10, Box 3. La cursiva es de la autora.

17. Carta de Marcos Morínigo a Amado Alonso, París, 19 de junio de 1937, AAA, «Correspondence 1927-1952», HUG (FP) 80.10, Box 3. Viñas era director del Instituto de Estudios Hispánicos de París desde 1929.

todo un sistema de becas («pensionados») en el extranjero para los jóvenes graduados y profesores. Más aún, Establier participó del proceso de fundación de la Casa de España en París, que abrió sus puertas en 1935 con el propósito de acoger a los becarios españoles que asistieran a las universidades de la capital francesa, y en los años de la guerra española fue, de hecho, su director. Así, la Casa de España se convirtió a partir de 1936 en un sitio clave para los españoles refugiados en París y para todo el exilio español en Francia. Consciente de la intensa polarización política del momento, Establier intentó mitigar los debates imprimiéndole a la Casa un espíritu de moderación y cierta *neutralidad*, que se hallaba en sintonía con el tono mesurado de la Junta Argentina de Ayuda, a instancias de la ICEBA. Como director de la Casa Española, Establier tenía la posibilidad de conocer a (casi) todos los académicos españoles refugiados en París, así que podría cumplir la tarea de administración de los fondos remitidos desde Buenos Aires con garantías de cierta idoneidad y *ecuanimidad*. Entre otros nombres que se contemplaron como posibles destinatarios para esa ayuda, se contaron: Dámaso Alonso (si bien todavía en Valencia, se creía que su salida hacia París sería inminente), Antonio García Banús (químico de gran renombre que transitaría parte de su exilio posterior en Colombia), Blas Cabrera (físico, que se exiliaría en México), Joaquín Xirau (filósofo, que también se exiliaría en México), María de Maeztu (pedagoga, que se exilió a la Argentina).

Establier y Morínigo fueron, pues, los contactos en París de la JAAUE a partir de 1937. Desde Buenos Aires se les remitieron precisas instrucciones acerca de cómo proceder con la distribución del dinero, en las que se insistía nuevamente en el carácter apolítico de la iniciativa:

Esta suma [50.000 francos (1937)] es enviada por la JUNTA ARGENTINA DE AYUDA A LOS UNIVERSITARIOS ESPAÑOLES. Se espera poder recolectar otras sumas y enviarlas. No debemos ocultar que es muy difícil conseguir fondos y que no sabemos cuánto es lo que podremos remitir más tarde. Esta suma debe distribuirse en cinco meses, a razón de diez mil francos por mes. Conviene socorrer al mayor número de personas.

De preferencia debe darse una cuota mensual fija a un número limitado de personas y no cuotas aisladas desordenadamente a muchos individuos. Debe prestarse ayuda exclusivamente a docentes universitarios o personas que solo se han dedicado a la investigación. *Debe prescindirse de toda consideración política*. Ruego que se envíe mensualmente la nómina de las personas socorridas y la ayuda que se les ha acordado. Debe remitirse una vez los títulos o antecedentes de dichas personas.¹⁸

El dinero se distribuyó ampliamente, tal como puede verificarse a través de las cartas de agradecimiento que llegaban de parte de los refugiados españoles, como la que envió a la JAAUE el doctor en derecho Blas Ramos Sobrino.¹⁹ No tardó en circular la información en otras latitudes: así, llegó a Buenos Aires una carta del químico español Eladio Olay Cabal (antiguo becado de la Junta de Ampliación de Estudios) que se encontraba en una situación difícil en la Alemania nazi y

18. Carta de Bernardo Houssay a Marcos Morínigo y Ángel Establier, Buenos Aires, 24 de julio de 1937, AICEBA, correspondencia enviada, 2, carpeta 3. La cursiva es de la autora.

19. Carta de Blas Ramos Sobrino al presidente de la JAAUE, Madrid, 20 de diciembre de 1937, AJAAUE, documento 70.

requería igualmente ayuda, pedido que Bernardo Houssay reexpidió a Ángel Establier a fin de que se le tuviera en cuenta en la distribución de los recursos.²⁰ Sin embargo, una vez hecho el primer giro a París, la campaña fue perdiendo fuerza; no queda constancia en los archivos de la Junta de que se haya remitido otro giro posterior, y menos aún de esa misma magnitud, aunque hubo algunos aportes más que llegaron desde el interior a las autoridades porteñas de la Junta, a través de José Babini y de Risieri Frondizi, en Santa Fe y Tucumán respectivamente.

3. Extinción de la Junta; profundización del mecenazgo

La actividad de la Junta se desdibuja hacia 1938. Dada la propia persistencia de la guerra en España, sumada a la escalada de agresividad internacional que le imprimió el nazismo a Europa a partir del Anschluss, se volvió cada vez más urgente para los responsables de la JAAUE la necesidad de proporcionar a los refugiados españoles una ayuda que fuera más allá del dinero para paliar la coyuntura, esto es, que contemplara la posibilidad de promover la llegada de intelectuales españoles a la Argentina, dándoles refugio como exiliados en la medida en que hubiera posibilidades e interés en ello a nivel local. Con el correr del tiempo la situación en París, así como en toda Europa, se haría cada vez más insostenible. El exilio en París había sido pensado como temporal, mientras durase la guerra de España. Una vez concluida, en 1939, con el triunfo de Franco y, sobre todo, tras la invasión de Polonia por parte de Hitler en septiembre de ese año, el exilio republicano estaba condenado a ser duradero y las soluciones paliativas se volvían irrelevantes. Se necesitaban gestiones más amplias y a largo plazo, dado que en esta ocasión los exiliados demandaban que se los asistiera con ofertas concretas de puestos de trabajo. Como ya le escribiera Morínigo a Amado Alonso en 1937, «es muy difícil para un europeo decidirse a hacer un viaje a América sin una oferta concreta [...]. Quieren saber en primer lugar cuánto van a ganar y qué van a hacer. En segundo lugar, dónde van a ir concretamente».²¹

Frente a este panorama, la ICEBA cambió de estrategia: promovió la creación de un consejo técnico asesor compuesto por decanos y profesores de las principales facultades de la Universidad de Buenos Aires (la composición de este consejo tuvo bastante parecido, de hecho, con la anterior Junta) que tendría por función elevar recomendaciones y sugerencias acerca de diferentes académicos y universitarios españoles con la idea, en el mejor de los casos, de insertarlos en alguna universidad del país, o al menos invitarlos a dictar cursos, al menos temporales, en la Argentina. Si bien es cierto que la Universidad de Buenos Aires mantuvo una actitud a la defensiva frente a la coyuntura y a lo sumo ofreció sus aulas para algunas conferencias, pero sin absorber a los exiliados españoles en sus cátedras (a Américo Castro, por ejemplo, se le ofreció un puesto

20. Carta de Bernardo Houssay a Ángel Establier, Buenos Aires, 25 de agosto de 1937, AICEBA, correspondencia enviada 2, carpeta 3.

21. Carta de Marcos Morínigo a Amado Alonso, París, 24 de marzo de 1937, AAA, «Correspondence 1927-1952», HUG (FP) 80.10, Box 3.

de investigador gracias a un subsidio que Amado Alonso recibió del Congreso Nacional, pero al no poder acceder a una cátedra Castro terminó por dejar la Argentina a los pocos meses para radicarse en Estados Unidos); también es verdad que sus autoridades estuvieron dispuestas a colaborar en esta iniciativa y ayudaron a que otras universidades del país abrieran sus puertas a los españoles exiliados. El consejo técnico de la ICEBA, por ejemplo, asesoró a Vehils para que promoviera la instalación en la novel Universidad Nacional de Cuyo, en plena conformación de su estructura académica y planta docente, de varios científicos españoles. La ICEBA colaboró con diferentes universidades del interior en las gestiones para la instalación de refugiados, les facilitó trámites aduaneros y migratorios y les gestionó pasajes o les facilitó la obtención de subsidios para que pudieran costear los traslados (Lida, en prensa).

Ahora bien, a la par que agilizó posibles nombramientos, también interpuso filtros: exigió que el posible candidato hiciera profesión de fe de que en la Argentina se dedicaría exclusivamente a sus labores científicas, con absoluta prescindencia política. Se trataba de un requerimiento que estaba en sintonía con los criterios de la JAAUE. La aplicación de este requisito canalizaba a través de un compromiso formal que la ICEBA de un modo u otro solicitaba a la hora de negociar las condiciones para su instalación en el país; se trataba de un compromiso ineludible que mostraba que la ICEBA estaba dispuesta a dejar fuera de su ayuda solidaria a quienes hubieran tenido un pasado en el comunismo español. Así, por ejemplo, cuando Rafael Vehils apoyó (incluso financieramente) la llegada a la Argentina del historiador Claudio Sánchez Albornoz, beneficiado por un subsidio parcial de la Fundación Rockefeller, se enfrentó a una situación delicada dado que el historiador había sido ministro durante la Segunda República española y había sido destituido de su cátedra por el régimen franquista; se trataba, por tanto, de un caso sensible. Vehils sabía que, en caso de ayudar de manera explícita a un alto funcionario republicano como Sánchez Albornoz, corría el riesgo de romper lanzas con la dictadura de Franco y quebrar de este modo su pretendida *neutralidad*. La solución a la que arribó finalmente fue la de facilitarle gestiones para que se radicara en la Universidad Nacional de Cuyo, que lo acogió en 1940, durante el rectorado de Jaime Correas, una universidad periférica de reciente fundación, gesto que resultaba menos comprometedor para Vehils. Sánchez Albornoz se apresuró a dejarle en claro que se había decidido a apartarse plenamente de la vida política:

Su carta me ofrece un rayo de esperanza [...]. No es nunca grato confesar dificultades económicas, pero apartado de toda actividad política desde mi salida de Lisboa en octubre del 36, vivo desde entonces de mi trabajo y la Historia Medieval no es precisamente un buen negocio.²²

Al cabo de dos años, fue posible que Sánchez Albornoz se instalara en la Universidad de Buenos Aires, para lo cual contó con el apoyo de la ICEBA, una vez más.

22. Carta de Claudio Sánchez Albornoz a Rafael Vehils, Burdeos, 16 de febrero de 1939, AICEBA, correspondencia recibida 2, legajo 7, foto 593.

Otro exiliado cuya instalación en el país fue delicada, debido a su perfil político, fue el médico Pío del Río Hortega, discípulo del premio nobel español Santiago Ramón y Cajal y, años después, candidato a este mismo premio. Era un científico de alto perfil cuya llegada a la Argentina no resultaría inadvertida para los funcionarios del franquismo. En efecto, Rafael Vehils recibió al respecto un durísimo informe enviado desde Madrid, a través de las autoridades del novel Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), creado por el gobierno de Franco, que le advertían de que, si en la Argentina se resolvía acoger a Pío del Río Hortega en sus universidades, el Gobierno español vería el gesto con muy malos ojos. El vicepresidente del CSIC, Alfredo Sánchez Bella, un hombre que provenía del movimiento católico militante y que durante décadas ejercería diferentes cargos políticos y diplomáticos al servicio del franquismo, le escribió a Vehils:

Las frecuentes, intensas y cordiales relaciones que este consejo desea mantener y aun acrecentar con esa benemérita Institución han sufrido un leve, aunque no por eso menos sentido quebranto, con motivo de la comunicación a nosotros llegada según la cual habían Uds. invitado para dar unas lecciones en su cátedra, al dr. Río Ortega [sic] que, al llegar a Buenos Aires, procedente de Londres, hizo unas declaraciones contrarias al Gobierno Nacional [español]. Suponemos que al hacer esa invitación Uds. desconocían los antecedentes de este señor, pero es muy lamentable que ocurra así. Cuando no conozcan los antecedentes y relaciones de un señor, se los podremos proporcionar con completa objetividad, ya que no pueden ignorar que Río Ortega [sic] intervino en la sustracción de radium del Instituto Valdecilla de Santander y es indigno por estas y otras acciones, a parte de sus ideas políticas, de figurar entre las relaciones de Sociedades que, como las que U. dirige, goza de un bien ganado prestigio. Nosotros entendemos que, a parte de la formación cultural de los hombres de ciencia, hay que exigirles también un mínimo de decoro y de solvencia política y el prestigio de Uds. no ganaría nada ante el público español y americano de colocar en el mismo plano de estima el trabajo de hombres beneméritos que lo dieron todo por salvar la integridad de su patria y la perfidia de algunas gentes que no vacilaron en entregar las esencias de la hispanidad en brazos del materialismo de las hordas rusas.²³

La dura advertencia, que provenía del máximo organismo en la ciencia española bajo la era franquista, provocó tensiones entre la ICEBA y Madrid, pero no disuadió a Rafael Vehils de la idea de instalar al prestigioso médico español en la Argentina, con el inestimable apoyo que desde la Universidad de Buenos Aires le proporcionó Bernardo Houssay. Así, la Facultad de Medicina lo invitó a dar un curso en 1941, con apoyo financiero de la ICEBA, y además Vehils se comprometió a instalar un laboratorio privado (costeado plenamente por la ICEBA) para que el médico español pudiera radicarse en la Argentina, dado que en la Universidad de Buenos Aires encontró fuertes resistencias a que se le concediera la titularidad de una cátedra. El laboratorio comenzó a funcionar en 1942; fue la única manera que encontró Vehils de retener en la Argentina al médico español, una vez que estuvo en claro que en las universidades más importantes (Buenos Aires y La Plata) no habría receptividad a concederle un cargo estable. Madrid, a la larga, debió adaptarse a esa realidad irreversible; en Montevideo, donde también estuvo el médico español, dijeron para aplacar las aguas y miti-

23. Carta de A. Sánchez Bella a Rafael Vehils, con membrete del CSIC, Madrid, 18 de septiembre de 1940, AICEBA, correspondencia recibida 2, legajo 8, fotos 252-253.

gar el impacto de las acusaciones, que había habido «informes inexactos contra el médico español».²⁴

Pío del Río Hortega trabajó en la Argentina bajo el directo mecenazgo de la Institución Cultural Española que íntegramente costeó los salarios del director y dos ayudantes de su centro de investigación, además del equipamiento especializado del laboratorio de histología que Vehils hizo fundar en la sede del Club Español de Buenos Aires (Díaz y Labajo, 2009). La ICEBA tuvo además recursos para financiar una revista especializada, bien posicionada en su disciplina, los *Archivos de Histología Normal y Patológica*, que se publicaría entre 1942 y 1965. A la par de ello, la ICEBA subsidió y financió el Instituto de Historia de España de la Universidad de Buenos Aires, el cual, en 1942, finalmente, fue creado bajo la dirección de Claudio Sánchez Albornoz, quien contó asimismo con la asistencia de la Fundación Rockefeller y con un donativo especial del propio Francesc Cambó (Lida, 2018b). También apoyó la llegada al país del matemático español Pedro Pi Calleja, del lingüista Joan Corominas y de su hermano Ernesto, el matemático, entre otros científicos españoles que se instalaron en la Argentina (en el caso de los hermanos Corominas, en la Universidad Nacional de Cuyo). Podríamos seguir enumerando casos de científicos, humanistas e intelectuales españoles a los que la ICEBA apoyó en su exilio en la Argentina. Vehils no pudo sin embargo implementar una de sus apuestas más ambiciosas: la creación de un centro de Altos Estudios Hispánicos, que había proyectado en el contexto de los 25 años de la ICEBA, celebrados en 1939, pero que quedó frustrada por falta de presupuesto.

Así, puede verse que a comienzos de la década de 1930 el mecenazgo de la ICEBA se había extendido ampliamente, puesto que sostenía laboratorios e institutos de investigación en diferentes disciplinas, desde la medicina hasta las humanidades, costeaba salarios de investigadores y bibliotecas especializadas, a la par que financiaba total o parcialmente publicaciones científicas (subvencionó, por ejemplo, la *Revista de Filología Hispánica* que editaría a partir de 1939 el Instituto de Filología dirigido por Amado Alonso, y también diversas publicaciones del Instituto de Historia del Derecho, dirigido por Ricardo Levene, en la Universidad de Buenos Aires). Ello sin contar las publicaciones editadas con el sello de la Institución Cultural que le servían para subsidiar de algún modo a escritores, ensayistas y dramaturgos, como Ramón Pérez de Ayala y Jacinto Grau, que en situaciones difíciles recibieron generosos contratos de edición por parte de Rafael Vehils para favorecer su instalación en el país.

4. Conclusión

La Argentina participó activamente de las redes de solidaridad para con el exilio científico español luego de la guerra civil española, a pesar de que el Gobier-

24. Carta de Ángel Aller a Rafael Vehils, Montevideo, 10 de marzo de 1941, AICEBA, correspondencia recibida 2, legajo 9, foto 21.

no nacional mantuvo una posición de neutralidad en el conflicto que redundó en una hostilidad manifiesta para con la realidad del exilio republicano. No obstante, la comunidad científica y humanista en la Argentina, a través de sus profesores universitarios más importantes, como Bernardo Houssay, Francisco Romero, Amado Alonso y Emilio Ravignani, se comprometió a impulsar una red de ayuda, la Junta Argentina de Apoyo a los Universitarios Españoles, que entre 1937 y 1938 brindó soporte económico directo a los científicos españoles refugiados en París. Para el funcionamiento de la JAAUE fue crucial la colaboración de la Institución Cultural Española, donde comenzó a descollar la figura de Rafael Vehils, empresario catalán de vocación americanista que en 1938 se hizo cargo de la presidencia de la institución comunitaria. Desde el lanzamiento de la JAAUE, pues, la ICEBA se involucró cada vez más con el exilio republicano. Ahora bien, una vez que la situación europea se vio agravada por la agresividad creciente del régimen nazi, que redundaría en la caída de París, la ICEBA comenzó a involucrarse cada vez más activamente en la asistencia a los científicos refugiados, a quienes auxilió a condición de que se comprometieran a desarrollar en la Argentina carreras científicas, dejando de lado cualquier tipo de «compromiso» político. Así, esta institución colaboró en gestionar la llegada a la Argentina de Claudio Sánchez Albornoz y de Pío del Río Hortega, sin duda, las figuras más destacadas de la ciencia española que encontraron refugio en su exilio en este país. Vehils se encargó de financiarlos parcial o completamente en su labor científica, poniendo así en marcha una intensa labor de mecenazgo cultural que redundaría en el hecho de que diversos institutos de investigación recibieran fondos de la ICEBA, así como también publicaciones científicas o investigadores. En un país en el que ni el Gobierno ni las autoridades universitarias tuvieron gestos públicos de compromiso (más bien cabe sospechar la desconfianza y cierta hostilidad), la ICEBA ejerció un mecenazgo tutelado que permitió que la Argentina acogiera exiliados pese a todo. Muchos de ellos se dirigirían, al menos en un primer momento, a foros ajenos a la Universidad de Buenos Aires, la principal casa de estudios del país, que resultó en los hechos escasamente receptiva, pero ello no impidió a la larga que la ICEBA subsidiara parcialmente la instalación, bajo su protección, de Claudio Sánchez Albornoz. Si atendemos a las redes de solidaridad y mecenazgo, así como a las instituciones comunitarias y otras asociaciones que brindaron ayuda, el exilio científico en la Argentina ofrece un campo de investigación donde todavía queda mucho por estudiar.

Bibliografía

- Bisso, Andrés (2007). *El antifascismo argentino*. Buenos Aires: CeDInCI / Buenos Libros.
- BOURDIEU, Pierre (1991). «Le champ littéraire». *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, París, núm. 89, págs. 3-46.
- BRISON, Jeffrey (2005). *Rockefeller, Carnegie and Canada*. Quebec: McGill-Queen's University Press.
- BUCHBINDER, Pablo (2005). *Historia de las universidades argentinas*. Buenos Aires: Sudamericana.

- BUCHBINDER, Pablo (2008). *¿Revolución en los claustros? La reforma universitaria de 1918*. Buenos Aires: Sudamericana.
- BUCHBINDER, Pablo (2014). «Los orígenes de la Institución Cultural Argentino-Germana: una aproximación al intercambio académico de la Universidad de Buenos Aires en tiempos de la primera posguerra». *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, Hamburgo, núm. 51, págs. 351-371.
- CAMPOMAR, Marta (2009). *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- CAMPOMAR, Marta y ZAMORA BONILLA, Javier (2011). «Avelino Gutiérrez (1864-1946). La ciencia y la cultura en las dos orillas». En: GARCÍA SEBASTIANI, Marcela (ed.). *Patriotas entre naciones. Elites emigrantes españolas en Argentina*. Madrid: Editorial Complutense, págs. 231-271.
- CUETO, Marcos (1994). *Missionaries of Science. The Rockefeller Foundation and Latin America*. Bloomington: Indiana University Press.
- DALLA-CORTE CABALLERO, Gabriela (2013). *El archivo documental del americanismo catalán. Una historia centenaria para la Casa de América (1909-1968)*. Barcelona: Fundació Casa Amèrica Catalunya.
- DEGIOVANNI, Fernando y TOSCANO Y GARCÍA, Guillermo (2010). «Disputas de origen: Américo Castro y la institucionalización de la filología en la Argentina». *Nueva Revista de Filología Hispánica*, Buenos Aires, enero-junio, núm. 1, págs. 191-213.
- DE DIEGO, José Luis (dir.) (2014). *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- DEVOTO, Fernando y VILLARES, Ramón (2012). *Luis Seoane entre Galicia y la Argentina*. Buenos Aires: Biblos.
- DÍAZ R. LABAJO, M. Aránzazu (2009). *El exilio científico republicano en Argentina. Contribuciones e impacto de los médicos, biomédicos y psicoanalistas españoles en la ciencia argentina (1936-2003)*. Tesis doctoral. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- DE ZULETA, Emilia (1999). *Españoles en la Argentina: el exilio literario de 1936*. Buenos Aires: Atril.
- FABER, Sebastiaan (2002). *Exile and Cultural Hegemony: Spanish Intellectuals in México, 1939-1975*. Nashville: Vanderbilt University Press.
- FISHER, Donald (1993). *Fundamental Development of the Social Sciences. Rockefeller philanthropy and the United States Social Research Council*. Ann Arbor: The University of Michigan Press.
- GEMELLI, Giuliana (ed.) (2000). *The «unacceptables». American Foundations and Refugee Scholars between the Two Wars and after*. Bruselas: Presses Interuniversitaires Européennes - Peter Lang.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio (2003). *La Argentina y la tormenta del mundo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- HERRERÍN LÓPEZ, Ángel (2012). «Las políticas de ayuda y de evacuación de los refugiados españoles en Francia durante la ocupación nazi». *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine* [en línea], núm. 9. URL: <http://journals.openedition.org/ccec/4287>; DOI: 10.4000/ccec.4287. (Consulta: 10 de septiembre de 2019).
- INSTITUCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA DE BUENOS AIRES (1948). *Anales de la...* Buenos Aires: ICEBA.
- KING, John (1985). *El Di Tella y el desarrollo cultural en la Argentina de la década del sesenta*. Buenos Aires: Ediciones de Arte Gaglianone.
- LIDA, Clara E. (1997). *Inmigración y exilio. Reflexiones sobre el caso español*. México: El Colegio de México – Siglo XXI.
- LIDA, Clara E. y MATESANZ, José E. (1990). *El Colegio de México: una hazaña cultural. 1940-1962*. México: El Colegio de México.

- LIDA, Miranda (2014). *Años dorados de la cultura argentina. Los hermanos María Rosa y Raimundo Lida y el Instituto de Filología antes del peronismo*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- LIDA, Miranda (2019). *Entre la filología hispánica y el americanismo. Una historia cultural y política del Instituto de Filología en la era de Amado Alonso*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.
- LIDA, Miranda (en prensa). «La Fundación Rockefeller y la Institución Cultural Española de Buenos Aires frente al exilio republicano español en la Argentina. El caso de Claudio Sánchez Albornoz». *Revista de Indias*.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, José María (2013). *Los refugios de la derrota. El exilio científico e intelectual republicano de 1939*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- MORENO LUZÓN, Javier y MARTÍNEZ LÓPEZ, Fernando (2012). *La Institución Libre de Enseñanza y Francisco Giner de los Ríos: nuevas perspectivas*. Madrid: Fundación Francisco Giner de los Ríos.
- NÁLLIM, Jorge (2014). *Las raíces del antiperonismo. Orígenes históricos e ideológicos*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- NARANJO OROVIO, Consuelo y PUIG SAMPER, Miguel Ángel (2007). «Las redes de la ciencia: la JAE en el exilio». *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, Madrid, vol. LIX, núm. 2, págs. 231-254.
- NARANJO OROVIO, Consuelo (2007). «Los caminos de la JAE en América Latina: redes y lazos al servicio de los exiliados republicanos». *Revista de Indias*, vol. 67, núm. 239, págs. 283-306.
- ORTUÑO MARTÍNEZ, Bárbara (2018). *Hacia el hondo bajo fondo... Inmigrantes y exiliados en Buenos Aires tras la guerra civil española*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- PAGNI, Andrea (2011). *El exilio republicano español en México y la Argentina. Historia cultural, instituciones literarias, medios*. Madrid / Fráncfort: Iberoamericana / Vervuert.
- PASOLINI, Ricardo (2004). «Intelectuales antifascistas y comunismo durante la década de 1930. Un recorrido posible: entre Buenos Aires y Tandil». *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, Universidad Nacional del Litoral, núm. 26, págs. 81-116.
- PASOLINI, Ricardo (2013). *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo xx*. Buenos Aires: Sudamericana.
- RIQUER, Borja de (2016). *Cambó en Argentina. Negocios y corrupción política*. Buenos Aires: Edhasa.
- ROMERO, Luis Alberto (2014). «Exiliados republicanos y vida política y cultural en Buenos Aires 1936-1950». En: SIERRA, María, MAURO, Diego y PRÓ, Juan (eds.). *Desde la historia. Homenaje a Marta Bonaudo*. Buenos Aires: Imago Mundi, págs. 1-26.
- SAÍTTA, Sylvia (2015). *La cultura. Argentina (1930-1960)*. Madrid: Taurus – Fundación Mapfre.
- SCHWARZSTEIN, Dora (2001). *Entre Franco y Perón: memoria e identidad del exilio republicano español*. Barcelona: Crítica.
- SEIM, David (2013). *Rockefeller philanthropy and modern social science*. Londres: Pickering & Chatto.
- TOSCANO Y GARCÍA, Guillermo (2013). «Materiales para una historia del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (1927-1943)». *Filología*, vol. XLV, págs. 143-172.

Fecha de recepción: 3 de marzo de 2018

Fecha de aceptación: 30 de enero de 2019

Fecha de publicación: 20 de diciembre de 2019